

Italia A Través De Mis Ojos Mexicanos

Si alguien me hubiera dicho en el año 2013 que, este verano estaría en La Spezia, navegando en un velero con una familia italiana, aprendiendo el idioma y enseñando inglés y español a dos adolescentes, jamás lo hubiera creído. La vida da muchas vueltas, es impredecible, y nunca pensé estar aquí, en Yulia, un magnífico velero, comiendo una buena comida de la toscana, cumpliendo uno de mis más grandes sueños: vivir en Italia.

De todos los países en Europa que he visitado, Italia me había cautivado en todos los sentidos; Comida, cultura, arte, arquitectura, y por supuesto, su bello idioma. En 2013, ocho días no fueron suficientes para conocer el país más visitado del mundo, así que, debía volver a este lugar.

Usualmente la mayoría de europeos que he conocido tienen la idea errónea de que soy un mexicano rico, y la realidad es que, un joven de clase media como yo, jamás habría podido costear un viaje a Europa por casi tres meses, mucho menos para aprender un idioma, entonces, ¿Cómo es que he sobrevivido todo este tiempo en Italia, viajando por todo el mediterráneo y la Toscana con tan poco dinero? La respuesta es sencilla: el bendito internet.

Me bastó un sitio web llamado *Workaway*, una cuota de 35 dólares y mucha suerte para contactar a una familia al sur de Milán que necesitaba a un hablante de lengua inglesa y española para instruir a sus hijos, a cambio, me llevarían en su velero por toda la costa italiana en un viaje de tres semanas. Inmediatamente, después de acordar las fechas, vendí mi auto, un Ford Ikon 2003 que me dio el dinero suficiente para pagar mi vuelo. Un mes más tarde, me dirigía con destino a Roma en el vuelo AZ677 de Alitalia, con una maleta, 180 euros en mi cartera y un montón de sueños, miedos y expectativas. Quince horas después, me encontraba en La Spezia con la familia Rossi, a punto de zarpar a Portofino.

Para muchos quizás, navegar un velero sea sólo un pasatiempo de gente rica y pretenciosa, tal vez piensen que es una actividad que no demanda nada más que izar una vela y girar un timón, pero están equivocados. Para navegar un velero se requieren cualidades que, para ser honesto, son muy difíciles de encontrar hoy en día, y quizás por eso, no sea un deporte para cualquier persona.

Primeramente, es necesario un buen coeficiente intelectual. A muchos se nos olvida que la belleza del mar trae consigo los peligros propios de su hermosa inmensidad. Conocimientos en geografía, meteorología y física son sólo algunos de ellos. ¿Cuándo es un buen momento para navegar? ¿La fuerza del viento es segura? ¿La gasolina será suficiente respecto a la resistencia del viento? Como lo he mencionado, la inteligencia es muy necesaria.

Otras cualidades muy importantes para este deporte náutico son la disciplina, el trabajo en equipo, y mucho sentido común. Un velero no se navega solo, y es muy importante tener en cuenta cada aspecto de la barca y su funcionamiento. Como miembro de una tripulación, es importante saber nuestra encomienda y hacerla bien, si uno falla, todo está en peligro. Al final, toda esta labor tiene su recompensa: la belleza del mar que, para mí, sin duda fue el mejor consejero en esos momentos de introspección personal.

Esta experiencia me hizo aprender demasiado del océano, de la importancia del trabajo en equipo y de la vida misma, al mismo tiempo que conocía los rincones más hermosos del mediterráneo; Telleraro, Porto Venere, La Isla de Palmaria y Cinque Terre fueron algunos de nuestros destinos.

Así pasaron mis primeros días en Italia, por las mañanas navegábamos, y por las tardes compartía mis conocimientos con Carlo y Emilio, dos niños demasiado inteligentes que, además de ser muy buenos alumnos, se convirtieron en grandes amigos que me ayudaron a enriquecer mi experiencia como enseñante de idiomas.

Todas las cenas con la familia Rossi resultaban en una experiencia muy reveladora para entender un aspecto inherente y representativo de este país: la comida. ¿Pueden imaginar la gran diferencia entre la cocina mexicana y la italiana?; los tacos, la comida frita, la barbacoa, el picante y la cerveza definitivamente son muy distintos a los quesos, el prosciutto, el vino, la pasta y la variada forma de preparar los vegetales. Debo confesar que, durante estos días pasé situaciones muy embarazosas respecto a la comida, y en mi experiencia, puedo aconsejar lo siguiente: La pizza con pollo no existe, y jamás le pongan salsa tabasco al queso mozzarella, al parecer para los italianos esto es un verdadero *“Sacrilégio”*. A pesar de todo esto, convivir con la familia Rossi me hizo amar aún más la comida de este país ya que, no sólo es deliciosa, sino que, además es nutritiva.

Las vacaciones habían terminado y la familia Rossi debía volver a sus actividades habituales. Agradezco infinitamente la confianza y el gesto de amabilidad al haberme invitado a su hogar. Nuevamente, esta experiencia fue emocionante al mismo tiempo que ilustrativa. Yo, un mexicano promedio, nacido en un pueblo olvidado por la mano de Dios, me encontraba en el norte de Italia, viviendo en una casa Lombardía con una familia millonaria.

Debo confesar que, aquella hermosa casa, con pisos de mármol, obras de arte, muebles del siglo XVII y, sobre todo, su enorme y bello jardín, me abrumó demasiado. Traté de no demostrarlo, pero definitivamente era un mundo diferente al mío, estaba ansioso y nervioso por descubrirlo. En este universo totalmente ajeno, debí cambiar muchos de mis hábitos para poder adaptarme, y a pesar de la

hospitalidad y humildad de la familia Rossi, siempre existía situaciones que me hacían sentir fuera de lugar, había algo que me recordaba que ese ambiente no era el mío: la fea diferencia de clases sociales.

Durante mis días en el norte de Italia pude conocer personas y lugares maravillosos. Verona, Bobbio, Piacenza y por supuesto, la bella ciudad de Milán, fueron algunos de ellos. No hay mejor manera de conocer a un país que a través de su gente. Algunos de mis amigos italianos me compartieron un poco de la forma en cómo se conciben ellos mismos en su nación y en el mundo. Sería imposible para mí plasmar todas esas ideas en unos cuantos párrafos, sin embargo, trataré de compartir las que considero más importantes y demostrativas:

1. Los italianos se sienten orgullosos de serlo:

“Nuestra comida es la mejor del mundo” “Los mejores pintores y escultores son italianos” “Los inventores y científicos más importantes del mundo son italianos también” son algunas de las expresiones que más escuché entre mis amigos. Para mí es claro que no existe una mejor o peor cultura, pero este orgullo nacional me parece interesante y atractivo. Resulta cautivador conocer a personas seguras de su historia y sus raíces, algo un poco distinto a mi país, México.

2. La concepción general en Italia sobre la migración:

Trataré de resumir este punto en una frase que escuché frecuentemente: “Yo no estoy en contra de la migración, sin embargo, no me gusta que los inmigrantes no se quieran integrar a mi país”. En mi opinión, parece que el pueblo italiano trata demasiado en aceptar este fenómeno, pero al final, siempre hay un “pero”.

El tema migratorio demasiado es en definitiva demasiado complejo, y tres meses no son suficientes para tener una opinión sólida, sin embargo, la migración es un tema común en todas nuestras charlas, y yo, siendo mexicano, me resulta interesante y revelador encontrar diferencias y similitudes entre la situación que se vive aquí en Europa y la de Estados Unidos y México.

3. Existe una rivalidad entre el norte y el sur de Italia.

Contrastado con el orgullo nacional del que he hablado anteriormente, existe esta rivalidad que, posiblemente nunca podré entender al no ser italiano, pero parece ser que ambas regiones siempre tienen algo negativo que decir la una de la otra. Eso sí, siempre lo hacen de una forma un tanto discreta, pero la rivalidad es obvia y existe. Comparaciones entre la economía, la infraestructura, los hábitos, la calidez de su gente, son algunos de los puntos a comparar. Nuevamente, contrastando las

situaciones, me resulta interesante reconocer que esta rivalidad no existe en mi país.

De esta forma, pasaron dos meses de mi estancia en esta hermosa nación. Era tiempo de conocer otras zonas y decidí moverme al centro de Italia. Roma me resultaba fascinante y obligadamente debía pasar un tiempo en la ciudad eterna. En esta ocasión, mi anfitrión sería Maurizio, un romano de 37 años que, amablemente me ofreció un espacio en su hogar para poder pasar el resto del viaje. Nuevamente gracias al internet pude alojarme sin tener que pagar un solo centavo. *Couchsurfing* es otro sitio web donde anfitriones de todo el mundo ofrecen a viajeros un lugar donde dormir a cambio de algún intercambio cultural. Para muchas personas esto suena muy extraño y peligroso, sin embargo, es un estilo de vida que valdría la pena experimentar por lo menos una vez en nuestra existencia. Conocer personas de otras naciones resulta positivo y enriquecedor, te hace más empático y tolerante con las diferencias culturales. Algo que sin duda hacer mucha falta en el mundo en el que vivimos.

Volviendo a mi aventura, al llegar a Roma quedé muy sorprendido. Definitivamente era la misma ciudad de hace 6 años, los mismos monumentos, las mismas calles, la misma cantidad de turistas, pero, había algo diferente; La ciudad estaba muy sucia. Me siento un poco avergonzado de decirlo, pero para que un mexicano que vive muy cerca de una de las ciudades más contaminadas del mundo (Ciudad de México) haga semejante afirmación, es porque quizás el problema sea algo grave. No soy experto en ecología, pero me parece claro que, en Roma el sistema de recolección de basura, al igual que los contenedores no son funcionales. Es impresionante ver este problema en cada calle que vas.

Por otra parte, en esta segunda etapa de mi viaje experimenté el otro lado de la moneda. Cambié el lujo de una casa Lombardía a un modesto departamento en la zona Portuense de Roma. Me sentí más cómodo viviendo con Maurizio. De hecho, en cierta forma, la vida de un italiano de clase media es muy similar a la de cualquier mexicano del mismo estrato social; trabajar de lunes a viernes y descansar los fines de semana, salir en la mañana al trabajo y regresar en la noche a cenar y ver la televisión. Al hacer la comparación de mi estancia con la familia Rossi y después, vivir con Maurizio, me di cuenta de algo muy importante: las clases sociales son exactamente iguales tanto en México como en Italia.

A pocas semanas de mi partida, me siento muy satisfecho y agradecido por esta experiencia. Sin duda alguna, no sólo he cumplido uno de los principales objetivos del viaje, que fue aprender el idioma, sino que, además, tuve la oportunidad de conocer de forma importante el país que tanto me gusta, sus costumbres y

tradiciones, las deferencias entre su gente y los problemas sociales que aquí se viven.

Desde hace algunos años, viajar se ha convertido en estilo de vida personal. Gracias a ello he podido tener una nueva perspectiva de las cosas, conocer a gente maravillosa y convertirme en un hombre más empático y tolerante, además de entender y respetar las diferencias entre gente de diferentes partes del mundo.

Al final del día, unas de las más grandes enseñanzas ha sido darme cuenta que, las naciones son sólo delimitaciones político-económicas. Sí, existen muchas diferencias entre los seres humanos, pero a pesar de eso, todos compartimos el mismo sol, el mismo aire y el mismo planeta, nuestro hogar, y eso, prácticamente, nos convierte en miembros de una sola familia; la humanidad, y eso, eso es absolutamente maravilloso.